

Al salvar aquella especie de torrente de ancho cauce y escarpados bordes, nos preocupaba un gran recuerdo. Repentinamente detiene el conductor los caballos, y nos grita: ¡Ved ahí el campo de batalla de Marengo! A esta palabra nos pusimos en pié, latiéndonos el corazón con fuerza, y abrazamos con una mirada el teatro del combate memorable que vino á cambiar la faz de la Europa, á ilustrar el Consulado y á preparar el Imperio.

Sin ser del arte, se puede sin embargo admirar el genio del gran capitán que ganó la victoria. Era imposible calcular con más precisión y poner más al alcance las circunstancias de tiempo y de lugar. ¡Qué ejército de pensamientos, de recuerdos, de reflexiones, de lecciones de todo jénero, se presenta ante vosotros cuando atravesáis aquel campo de batalla! Lo ví en globo, y en seguida, conmovido mi corazón, me puse á rezar por todo aquel pueblo de muertos, un ferviente *De profundis*; esta es la flor que deposita el cristiano al pasar por las tumbas de sus hermanos.

Sin embargo, pudimos ver la altura cubierta de viñas, donde sucumbió el bravo Desaix en su triunfo; después el terraplen del cual lanzó Kellerman á galope el grueso de su caballería contra las columnas austriacas, que logró desbaratar y poner en derrota. Dos rasgos que pintan bien el carácter francés, me vinieron entonces á la memoria. El general Bessieres, á la cabeza de los granaderos y de los cazadores de la guardia consular se lanzaba sobre el enemigo; las bayonetas de los franceses y de los austriacos iban á cruzarse, cuando un caballero húngaro, que acababa de caer al suelo, extendió las manos hácia nuestros valientes, rogándoles no lo atropellaran con las patas de sus caballos. Bessieres lo advirtió, y exclama: *Amigos míos, abrid vuestras filas, perdonad á ese des-*

graciado. En lo más fuerte de la pelea, el lugarteniente de artillería Conrad, perdió una pierna, que le llevó una bala de cañón; apenas se había caído, cuando se levanta para observar el tiro de su batería. Los artilleros quieren llevárselo; él se opone y les dice: *Servid á vuestra batería, y tened cuidado de apuntar un poco más bajo.*

La llanura de Marengo y de toda la Lombardía, no es, como se ha dicho, bella sino para solo las batallas. Nada de árboles, verjeles, ni setos vivos; pocas viñas, pero por todas partes campos que se pierden de vista, que se prolongan hasta Stradella, pequeña población á la entrada de la ciudad de Parma. Antes de llegar á ella se pasa á Voghera, última ciudad del reino de Cerdeña. El estado mayor del ejército francés había comido allí la víspera de la jornada de Marengo. Aunque nosotros no teníamos batalla que librar, quisimos imitar tan noble ejemplo. A la vista de Napoleon y de sus jenerales, cuyos retratos adornaban un vasto comedor, nos pusimos á la mesa en compañía de algunos lombardos llegados de los Apeninos. Empezamos por trabar conocimiento con un manjar del país, que creo firmemente que no puede ser más que el resultado de combinaciones largo tiempo elaboradas por un congreso ecuménico de alquimistas, de boticarios y de envenenadores. Arroz cocido, queso, fideos, trufas pimentosas cortadas en rebanadas delgadas como hojas de tabaco, y aromatizadas con clavos de especia, aceite, sal y azafran en abundancia: tal es la infernal composición que se nos sirvió á guisa de sopa. Voy á deciros su nombre, á fin de que si alguna vez al pasar por Voghera, os veis amenazados con esta medicina, no perdáis un momento en mandar enganchar los caballos á vuestro coche, y en partir á todo escape. Esta *minestra* se llama *rizzotto*

alla milanese. Por lo demás, tranquilizaos, si perdeis ese platillo: los lombardos hacen de él sus delicias; podemos afirmarlo.

Acabada la comida, seguimos nuestro camino á través de aquellos campos de Italia llenos de recuerdos franceses. Conquistada por los soldados de Brenno, la Gaula cisalpina ha vuelto á ver muy frecuentemente á los hijos de los antiguos francos. No hay una colina, un árbol, un torrente ni una aldea de esa tierra tan exactamente llamada por Montaigne *el recreo de los reyes y la tumba de nuestros ejércitos*, que no recuerde algún hecho de armas, algún nombre famoso en nuestros anales militares. Y sin embargo, nunca hemos podido establecer sólidamente nuestra dominación; hoy mismo no poseemos ni una sola pulgada de terreno, y esto á pesar de las simpatías de las poblaciones que estuvieron por nuestra parte y no por la de Austria. Este hecho extraordinario se funda sin duda en la comunidad de origen; pero ¿no parece indicar á la Francia que está llamada á reinar en Italia, de otro modo que por las armas? Que se haga francamente católica, y muy pronto habrá reconquistado en Italia como en Oriente, como en todas partes, el imperio más honroso, el imperio moral. Tal es, no lo olvideis, el glorioso privilegio que el príncipe de las naciones parece haber reservado á la hija mayor de su Iglesia.

Los recuerdos militares seguían ocupando nuestro espíritu, cuando un imprevisto encuentro vino á llamarnos á otro orden de ideas. Al lado de una pequeña colina, sombreada por olmos y moreras, vimos bajando un estrecho sendero á un religioso de san Francisco. Por su vestido de sayal castaño, su larga barba gris, su calva cabeza y sus desnudos piés, le reconocimos por un capuchino. El humilde padre marchaba silencioso y recojido. Con una mano detenía la alforja que pesaba

sobre su espalda ya agobiada, y con la otra se apoyaba en una rama de árbol á guisa de bastón. Pobre voluntario, venia de pedir limosna á sus hermanos los pobres habitantes de los campos. No había pedido en vano según lo anunciaba su carga. Y en cambio del pan que había recibido, había dado con solo su presencia un saludable ejemplo, algunas buenas palabras á la familia, algunos consuelos á los enfermos, y algunas caricias á los niños. Comercio interesante en el cual, el que cree despojarse, recibe más de lo que da; deliciosa armonía, en que el hombre del trabajo y el hombre de la oración se prestan mútuo socorro para llegar al mismo término. Vivientes recuerdos de los siglos de la fé, visiones santas de otra edad, ¡cuán dulces sois para el corazón cristiano! A pesar de la rapidez de nuestra marcha, la noche se acercaba y había cerrado ya cuando llegamos á *Stradella*.

17 DE NOVIEMBRE.

Llegada á Stradella.—La Aduana.—Pasaje del Trebia.—Inscripciones.—Placencia.—Aspecto de la ciudad.—Recuerdos.—Hospital.

Era punto convenido que dormiríamos el 16 en Placencia. Pero el conductor vino á anunciarnos que la aduana que nos había de pasar visita antes de llegar al Trebia, se cerraba á las cinco de la tarde; que así, era imposible el paso aquel día, y que si nos obstinábamos, el menor inconveniente que había era el de vivaquear toda la noche en el camino. Nos fué preciso reconocer como buenas tales razones, y nos propusimos suplicar humildemente á Su Majestad Imperial María Luisa, hoy duquesa de Parma y de Placencia, que ordenase á sus aduaneros el recojerse un poco más tarde.

Bajados al *Real Albergo* de Stradella,

rogamos al administrador del hotel que nos despertara á las cuatro de la mañana, á fin de salir á las cinco. Exacto como un centinela de observacion, entraba el camarista al cuarto de mis jóvenes amigos á la hora indicada. Le dijeron que me llevara luz á la pieza vecina; pero la orden no se cumplió, el viejo servidor no entendia una palabra de frances. Hé aquí grandes dificultades de una y otra parte. Enrique se puso á gritar: *Porta*, palabra que quiere decir *lleva ó trae*. El Italiano se apresura á satisfacer el deseo presunto de mi joven amigo, y le presenta la primera cosa que le cae á las manos, que era una cubeta. Francisco, por su parte, riendo á carcajadas, grita más fuerte: *Porta, porta*. El italiano redobla su celo, y *lleva* los pantalones y las botas. Nuevas risas y nuevos gritos: *Porta, porta*. El pobre hombre se esfuerza en comprender, y creyendo haber adivinado, *lleva* todos los muebles indispensables para una recámara: entonces la risa llegó á su colmo.—Aunque desconcertado, el *camarista* participa de la hilaridad de mis amigos, y se pone á dar vueltas por el cuarto, buscando por todas partes lo que puede pedírsele, y repitiendo á cada paso: *Ma che diavolo*. Todo el menaje iba á pasar por sus manos, cuando oyó reír en la pieza vecina. *¡Capito! ¡Capito!* exclama; ya entendí: abre en seguida mi *puerta* y enciende mi bujía, repitiendo con un aire algo enfadado y algo risueño: *¡Ma che diavolo!*

Esta repetición en pequeño de la torre de Babel nos divertía aún cuando tocábamos las fronteras de Parma. Durante hora y cuarto nos esperamos en el camino, tiritando de frío, á que les diese la gana á los señores aduaneros de cumplir con su deber. La visita duró lo que yo tardo en escribirlo; fué la cosa más sencilla del mundo. Un viejo aduanero se acercó á nosotros, y sacando de debajo de su gran

capa gris recamada de verde, una mugrienta mano armada de cinco dedos normandos, nos dijo á media voz: *Signori*. Comprendimos. *La buona mancia* ¹ cayó en el recipiente, maravillosamente listo á volverse á cerrar, y esto fué todo. Un instante despues ya estábamos en el coche, blancos como nieve, y haciendo muchas reflexiones sobre lo que acababa de pasar.

Como á las nueve descubrimos las famosas riberas del Trebia: torrente, más bien que río, el Trebia, como el Bermida, corre en un cauce de guijarros, cuya extrema anchura nos hizo comprender cuán temible obstáculo puede presentar á un ejército en los momentos de las crecientes. Anníbal, á quien habíamos encontrado en las orillas del Ródano, se nos apareció aquí con sus elefantes y sus tropas africanas, españolas y de galos. El cónsul Sempronio con sus romanos se veía en la ribera opuesta. Aun hubiéramos podido oír el chis chas de las armas; tal estaba de exaltada nuestra clásica imaginación. Pero el eco repite otro ruido ya moribundo; es el de la artillería alemana y francesa, que hizo retemblar en otro tiempo aquellos lugares, y enrojecer sus aguas con sangre humana. Sobre ese mismo terreno, en donde dos mil años ántes habian sido vencidos los romanos por los cartajineses, libró Macdonald el 19 de Junio de 1799, al temible Sowarow, la sangrienta batalla que duró tres días. Por una y otra parte se quemaron cinco millones de cartuchos, y se tiraron setenta mil cañonazos; quince mil hombres perecieron, y pernoctaron los ejércitos en el campo de batalla.

En poco tiempo llegamos al magnífico puente edificado por María Luisa. Delante de la columna que está en el medio, copiamos la inscripción probablemente austriaca que consagra los recuerdos militares de que acabo de hablar:

¹ La propina.

MARIA LUDOVICA.

IMP. FRANCISCI. I. CÆS. FILIA

ARCHIDUX. AUSTRIÆ

DUX. PARM. PLAC. VAST

TREBLÆ.

QUAM. ANNIBAL. AN. U. C. DXXXV.

LICTENSTEINUS. AN. CHR. MDCXXXVI.

SOWAROFIUS. ET. MELAS. AN. CHR. MDCCXCIX

BELLO. VICTORES

ILLUSTRAYERUNT

PRINCEPS. BENEFICENTISSIMA

FACTA. PONTIS. COMMODIFATE

GLORIAM. FELICIOREM

ADJUNXIT

ANNO: MDCCXX. (1)

Un poco más lejos, en los sangrientos límites de todos esos campos de batalla, leimos una inscripción de un género bien diferente. Sobre la fachada de una graciosa casita recientemente renovada, se veía una imagen de Nuestra Señora, á cuyos pies estaban arrodillados dos peregrinos. En la parte baja de este bonito fresco estaban escritas las palabras siguientes, que parecían dirigirse á nosotros:

Figli d'Eva che per le vie andate

Di salutar María non vi scordate.

Hijos de Eva, que andais esta vía,

No olvideis saludar á María.

La Italia es por excelencia el país de la devoción á la Santísima Virgen. Su dulce imagen aparece por todas partes á la vista del viajero, y al pobre peregrino de la vida se le advierte sin cesar que, al atravesar el valle de lágrimas, tiene en el cielo una madre que vela sus pasos.

¹ Hé aquí la traducción literal: "María Luisa, hija del emperador César Francisco I, archiduquesa de Austria, duquesa de Parma, Placencia, Guastalla, al Trebia que ilustraron con sus victorias Anníbal, el año de Roma 535; Lichtenstein, el año de Jesucristo 1746; Sowarow y Melas, el año de Jesucristo 1799; esta bienhechora princesa ha añadido una gloria más feliz con la construcción de un puente, el año de 1820.

Entramos á Placencia á las diez de la mañana. Murallas, casas palacios, iglesias, todo es de ladrillo; las calles son anchas, largas y poco frecuentadas; esto basta para decir que el aspecto jeneral es triste y severo. Viuda de su gloria y de su numerosa población, no ha podido levantarse Placencia del espantoso pillaje que la hizo sufrir en 1448 el terrible Francisco Sforzia. Las iglesias, recargadas de adorno, nada ofrecen de notable, con excepción de la catedral, bella construcción gótica del siglo XIII. La cúpula está adornada de frescos muy estimados de Guerchin y de Luis Carracci ¹. En el exterior del campanario se ve la famosa jaula de fierro en la cual se dice que fueron encerradas, para dejarlas morir allí, algunas de las más ilustres víctimas de las numerosas revoluciones italianas. Placencia despierta en el viajero cristiano el recuerdo de dos concilios memorables. El primero, presidido por el papa Urbano II en 1095, disolvió el matrimonio que habia contraído Felipe I, rey de Francia, con Bertrada, despues de haber repudiado á Berta, hija del conde de Holanda; el segundo, presidido por Inocencio II en 1132, condenó al antipapa Anacleto.

La esterilidad de nuestras primeras excursiones fué compensada por una visita, que aconsejo á todos los viajeros, y es la inspección minuciosa del hospital jeneral. Como en Génova, encontramos allí á las hijas de san Vicente de Paul, llamadas por María Luisa desde el mes de Julio. Sin embargo, todo habia cambiado de aspecto en aquel bello establecimiento, en donde reinaba ántes de su llegada un pillaje odioso y un indecible baturrillo. Con las buenas hermanas han cesado los abusos; y la administración les deja plena libertad de obrar y arreglar todos los por-

¹ El primero, nacido en Cento en 1590; el segundo en Bolonia en 1555.

menores á su gusto. Me acordé de haber visto lo mismo en Lucerna y en Neufchâtel. ¡Qué humillante contraste para los hombres que gobiernan á la Francia! Quisquillosa, minuciosa, desconfiada, nuestra administracion tiene á las hermanas en un odioso estado de sospecha y opresion, mientras que la Italia y la Suiza, aun la protestante, se consideran muy felices con depositar en nuestras hospitalarias el cuidado de los pobres y de los enfermos, concediéndoles una ilimitada confianza. El simple buen sentido les dice bastante que las hijas de san Vicente, convertidas en madres por la caridad, no disiparán el patrimonio de sus hijos adoptivos.

La superiora, que se regocijó en extremo al ver compatriotas suyos, nos llevó por todas partes. Nos dijo con un acento de felicidad: «aquí no está suprimida la vuelta.» Nuestras pequeñas hijas son enviadas al campo hasta la edad de doce años. Si vuelven al hospital, son libres para permanecer en él toda la vida, á ménos que quieran mejor casarse ó entrar á servir. En este último caso, el amo se obliga por documento público á encargarse de ella el resto de su vida, ó á no colocarla sino en las casas que ofrecen todas las garantías posibles.» Es preciso convenir en que semejante sistema cumple maravillosamente el objeto de la caridad. Asegura á la vez la vida física, la educacion cristiana y la suerte de la huérfana, hasta sus últimos días. En Francia, la caridad bajo este aspecto es incompleta. Abandonada por la primera vez en su nacimiento, la niña lo vuelve á ser de nuevo al salir del hospicio: la adopcion social cesa en este momento. Entrada al mundo sin proteccion, sigue en él con peligro, y con mucha frecuencia alictivos desórdenes vienen á hacer inútiles los costosos cuidados prodigados en su infancia. Que nuestra filantropía no se envanezca demasiado; hay

más de una laguna en sus teorías, y todo el bien que hace, la caridad lo ha hecho ántes que ella y mejor que ella.

18 DE NOVIEMBRE.

Arrabal San-Donino.—Casa di Lavoro.—Puente del Taro.—Señoras del Sagrario.—Corazon.—Estudios clericales.—Vista de Parma.

A las siete de la mañana, con un temporal frio y nebuloso, tomábamos el camino de Parma en compañía de cuatro italianos. Despues de haberatravesado vastas llanuras, cuya monotonía no interrumpe un solo accidente de terreno, se llega prontamente al arrabal San-Donino. Esta pequeña villa, elegantemente edificada, forma con su distrito el cuarto obispado de los Estados de Parma. La vista de su hermoso hospital hizo rodar la conversacion sobre las instituciones de caridad. Se nos dijo que habia en Parma, como en Génova, un obrador público, á donde iban á trabajar voluntariamente pobres que están sanos. Hacer ganar la vida al hombre que lo puede, y socorrer en su casa al que es incapaz de ello, es resolver el difícil problema de conciliar la ley del trabajo con la de la caridad. El obrador italiano no tiene el carácter odioso de los nuestros; no priva al pobre del único bien que le queda, la libertad; y sin embargo, cumple el objeto que buscamos; la extension de la mendicidad. Ya tendremos lugar de volver á tocar esta institucion.

A alguna distancia de Parma se pasa el Taro, por un puente que solo tiene de notable su longitud de 500 metros. Una vez llegado á la capital de nuestra antigua emperatriz, el viajero frances sabe con gusto que cuenta allí con nobles compatriotas, y una de sus primeras visitas es dedicada á las señoras del Sagrado Corazon. Maestras encargadas de la educacion

de la clase pobre y de la clase elevada, la dan con un celo eminentemente cristiano; además, sus pupilas reciben una instruccion del todo francesa. Para enseñar nuestra lengua, única que estudian con el italiano, las clases se dan en frances. Así, gracias á María Luisa, nuestro nombre es bendecido en Parma y en Placencia, en donde nuestra influencia se deja sentir en todas las edades y en todas las condiciones. Si la Francia quisiera acordarse de su mision providencial, y cordialmente sometida á la Iglesia, de la que es hija mayor, emplear sus cuidados y su gloria en propagar las ideas de su madre, el imperio de los pueblos le pertenecería, y nadie osaría disputárselo. Ved lo que hacen, por el interes de nuestro nombre, las señoras del *Sagrado Corazon* en Italia y nuestras *Hermanas de San Vicente* en el mismo pais, así como en Oriente y Africa. ¡Qué sería, si su saludable accion fuera secundada por aquellos que están encargados de velar por los destinos del mundo cristiano? ¡Qué sería, sobre todo, si al lado de las enseñanzas vivificantes y de los materiales cuidados de nuestras religiosas, las naciones extranjeras no vieran salir de Francia doctrinas de otro jénero, que el instinto de la conservacion las obliga á rechazar con toda su enerjía. ¡Vergüenza eterna á aquellos que han hecho servir el pensamiento frances para perjudicar á las naciones, y arrastrado en una propaganda de impiedad al pueblo misionero de la caridad y de la fé!

La superiora del Sagrado Corazon tuvo la atencion de hacernos visitar su casa, y de ponernos en relacion con el capellan, joven sacerdote, que reunia, segun mi juicio, á las finas maneras, un sentido recto y un talento cultivado. Me instruyó de que la organizacion de los estudios eclesiásticos es en Parma la misma que en Génova y en casi toda Italia. El grande

y el pequeño seminario forman un solo establecimiento, y las condiciones rigurosamente exigidas para recibir las sagradas órdenes son, el exámen y recojimiento por diez dias.

Lo avanzado de la hora apenas nos permitió echar una rápida ojeada al conjunto de la ciudad. Situada en una vasta llanura, Parma es mucho mas animada, y como suele decirse, no sé por que, mas viviente que Placencia: mañana la veremos.

19 DE NOVIEMBRE.

Catedral de Parma.—Bautisterio.—Museo.—Galería.—Biblioteca.—Interior de la ciudad.—Iglesia de San Quintin.

La temperatura, que la víspera era bastante fria y mantenía una lijera capa de nieve sobre las llanuras del Parmesano, se habia ya dulcificado. No habia escarcha sobre los árboles ni nieblas en la atmósfera; pero sí un brillante sol en el horizonte, un aire tibio y casi caliente; en fin, un hermoso dia de Italia en el que empezamos por visitar el *duomo* ó la catedral. Es un vasto edificio de estilo gótico, cuyos detalles no carecen de finura y elegancia, pero cuyo conjunto es poco costoso. La cúpula es sobre todo notable por su elevacion y por sus frescos de que está adornada. Aquellas pinturas pasan por la obra maestra del Correggio 1, y representa la *Asuncion de la Santísima Virgen en medio de los ángeles*. Se admira sobre todo en ellas la valentía de los escorzos. Entrando en la iglesia, se ve á la derecha en el fondo de una capilla lateral, el monumento de modesta apariencia consagrado á la memoria de Petrarca, que, como es sabido, fué largo tiempo arcediano de Parma. No me detendré á describir ni á

1 Nacido en Correggio en 1414.